

Augusto d'Halmiar

Los sueños cambiados



E llamaba «New York», tenía un «jazz-band» y Pola, negra auténtica cubana; pero el dueño era un compadrito peruano casado con una especie de institutriz que, más que un matón, ponía paz en las reyertas porque a su solo aspecto flaco, seco, impasible, se la sentía despiadada como una madrastra solterona.

Había sobre todo las pinturas de algún Rubens criollo, por su amor a los colores rubicundos y a las formas deformes y abultadas. Cada pecho, cada cadera, cada nalga, cada pantorrilla, de las mujeres pintadas en la pared, llegaba a pesar sobre la semivisión de la embriaguez colectiva. No era raro que algunos clientes se substraieran a esa pesadilla y bebieran solos o por dúos o grupos de hombres solos o como el dueño decía pintorescamente «entre hombres y mujeres de los dos sexos». El puerto con sus sirenas de cabarets y de encrucijada, suele empujar a ciertos exquisitos a la misogenia, o darles gustos socráticos, o inclinarles simplemente a la misantropía.

Yo iba a observarles a todos: a los que bastaba a su afán el amor de cada noche, y los que parecían reservarse para no sé qué aventura extraordinaria que no acababa de suceder y, a pesar de esa cita fallida, seguían concurriendo asiduamente al «New York». Me eran familiares unos y otros. Y también los intermitentes y dipsómanos, con ausencias espaciadas por sus voluntarias reclusiones, o por distantes cruceros. Esos volvían cejijuntos y retraídos o, por el contrario, cordialmente abiertos a todas las expansiones, con una patética necesidad de reconocer a alguien y de ser por alguien reconocidos.

Así había venido yo viendo venir, sabe Dios de que periplos borrascosos, a un marinero, ya no en su primera juventud, inglés o escandinavo por gimnástico y rubio. Siempre solo, parecía aguardar o buscar a quién sabe quién. A veces se acercaba al baile y detallaba las parejas; a veces rondaba cautelosamente a alguna, hasta que conseguía desengañarse. No hubiera sido fácil abordarle; pero el patrón limeño me confió que, según lo había oído de labios del antecesor que fundó su cabaret, andaba a la caza de cierta prójima, con la cual había tropezado en el «New York», una medianoche de temporal en tierra, y a la cual no había vuelto a hallar por cielo ni tierra. Su recuerdo había ido convirtiéndosele en obsesión, al punto que, de todos los puntos del orbe, el único que seguía imantando su brújula era Valparaíso y dentro de él aquel cabaret donde podía volver a hacerse carne la quimera.

Por otros lados y otros días, cuando tocaba puerto cierto barco, hacía su aparición en el «New York» una mujercita, que seguramente pasaba su demás tiempo retenida a una obligación o a un trabajo. Sin embargo, nada ni nadie podía impedirle reaparecer, cuando fondeaba ese buque, a cuyo bordo—me contó ella misma—podía venir alguien que había conocido de paso y dejado imborrable recuerdo en su memoria.

Y yo me vi convertido, por obra y gracia del azar, en *Deus ex Machina*. Porque relacionando las historias, acabé por persuadirme no eran sino una sola, incompatible, puesto que el marinero volvía en ciertas fechas imprecisas, y la mujer en otras no menos arbitrarias. ¡Cuánto tiempo hubieran podido seguir jugando así al escondite, si no llegaba yo a intervenir providencialmente! Me consideré pagado de las confianzas que indiscretamente provocara, con esta misión que me cabía en suerte llenar.

Y la cumplí, como bueno, sin advertírselo, para mayor regocijo mío, a ninguno de ambos interesados, pero tratando hábilmente de conciliar sus divergencias y concertarles un encuentro, al parecer fortuito. Y un día, en fuerza de tesón, vi coronados mis esfuerzos por el éxito, porque estando con yo la dama, se nos allegó el galán, conducido hasta mi mesa, por el propio patrón.

Yo saboreaba anticipadamente la entrevista; pero se pasó en forma desconcertadora, pues ni la mujer, ni el hombre, parecieron reconocerse, ni interesarse lo más

mínimo uno por otro, tanto que, un poco desfraudado, yo creí oportuno entremeterme:

—Usted—le dije en inglés al marino—buscaba ¿no es cierto? a cierta mujer, que conoció hace tiempo en este sitio...

—Era morena—replicó él distraídamente—como ésta que está con usted; sólo que tan niña y tan buena, pese al sitio en que nos hallamos y a nuestra brusca unión. Me convenzo, a medida que envejezco, que hubiera debido ser mi media naranja y que habíamos nacido uno para otro. ¿Por qué nos hemos perdido de vista? Tampoco dudo que ella no me olvida.

—Tú—le dije en español a la mujer—buscabas ¿no es cierto? a cierto marinero que conociste hace tiempo aquí mismo...

—Era rubio, como éste que ha venido a saludarle—repuso ella soñadoramente; sólo que tan jovencito y tan bondadoso. Estoy segura que no me ha olvidado, como yo no puedo olvidarlo y es una lástima que no nos reuna la suerte.

Ella se había abstraído en sus pensamientos; él se distraía mirando la sala del baile que parecía girar vertiginosamente y que trepidaba como un velero a punto de cortar amarras. ¿Hacia donde habría podido zarpar, con todos esos ilusos? Me pasé la mano por la frente y dije en alta voz al patrón:

—Tráigase unas copas de gin y beba con nosotros, por el amor que ni muere, ni se satisface en este juego de trastrueques y jugarretas, de la vida. Y cuando se-

pa usted que han coincidido dos amantes en un mismo sentimiento, entonces no brindaremos simplemente con ginebra nacional, sino con champaña importado de a doscientos pesos botella.

El hombre me miraba atónito. Desde el mostrador, su mujer, magra y terca, tampoco nos quitaba ojo, tratando de desembrollar, tal vez, nuestra incomprensible reunión.

Y la sala como de autopsia de las mujeres pintadas al fresco, revueltos los senos, los muslos, las posaderas y las corvas, parecía querer aplastarme baja su vergonzosa ortopedia.

Valparaíso.